

LAS IDEAS SOCIALES DE GUTIÉRREZ NÁJERA *

José Luis MARTINEZ
Academia Mexicana de la Lengua

HACIENDO UN ALTO en nuestras tareas legislativas, que se vuelven tan arduas este mes de diciembre, hemos determinado celebrar una sesión solemne en homenaje a Manuel Gutiérrez Nájera, escritor ilustre en las letras nacionales, en ocasión de cumplirse el primer centenario de su nacimiento. Esta determinación se fundó no solamente en la eminencia intelectual y artística de Gutiérrez Nájera, sino también en el hecho de que, además, él fue honrosamente diputado por el 5º Distrito del Estado de México, cargo que ocupaba al ocurrir su temprana muerte a principios de 1895. Sin embargo, no creo pecar de temerario ni sospecho que estas razones pudieron parecer precarias a algunos de nosotros que aceptaron con benevolente reticencia esta interrupción en nuestros debates acerca de las cuestiones nacionales que hoy nos absorben. Homenajes como éstos, acaso pensaron algunos, están bien para los centros culturales, pero ¿para qué distraernos ahora con el recuerdo de quien no fue, que sepamos, un legislador sobresaliente aun que haya escrito versos que todos conocemos?

Voy a intentar aclarar esta duda, y voy a procurar, antes que narrar de nuevo para ustedes el íntimo y oscuro drama de la breve vida de Gutiérrez Nájera, que vivió como un forzado de la pluma y que escribió, sin embargo, tantas páginas llenas de gracia y de belleza, o el mérito de su prosa y de su poesía, que habrían de significar una profunda renovación y revitalización de las letras en lengua española de su tiempo, voy a procurar, decía, dar a ustedes algunas razones

* Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, el 22 de diciembre de 1959.

acerca de la justicia de este homenaje para un hombre y un escritor como Manuel Gutiérrez Nájera.

Considerados desde cierta perspectiva, parecen existir dos grandes familias de escritores, los que mueven al mundo con sus ideas o sus doctrinas y los que dan testimonio de la variable e infinita condición de la vida y del espíritu humanos. Aquéllos dan origen a las grandes corrientes ideológicas, mueven las revoluciones, hacen posible el dominio técnico del universo y acaso llegan a perfeccionar o a proteger nuestra existencia biológica, mientras que éstos nos entregan imágenes y diagnósticos profundos del alma humana y de su concepción del mundo, dan testimonio de la vitalidad o de la corrupción de nuestras sociedades, denuncian las iniquidades, mantienen e esclarecen nuestra tradición y nuestra historia, conducen e inventan nuestros sueños, registran los matices de nuestra sensibilidad y el secreto de nuestras pasiones, en suma, nos revelan y nos iluminan a nosotros mismos.

Gutiérrez Nájera fue un escritor de esta última estirpe, y dentro de su propio orden, lo fue con grandeza. En sus cuentos y en sus poemas, en sus crónicas, en sus notas de viaje y en sus páginas de crítica permanece un riquísimo testimonio de la vida, de la sensibilidad y de los sueños de aquella sociedad finisecular de la que él sería, al mismo tiempo, un personaje representativo y el testigo más elocuente. ¿Recuerdan ustedes el admirable mural de Diego Rivera que concentra en la Alameda de la ciudad de México un expresivo desfile de nuestra historia? Pues allí, en la sección dedicada al último tercio del siglo XIX, en plena época porfiriana, en medio de aquella sociedad extremosa —pelados y catrines— que originaría la Revolución, se encuentra Manuel Gutiérrez Nájera, uno de los dones más nobles y auténticos de aquellos años, junto a los rapaces del pueblo y los voceadores de periódicos y junto, también, a las encopetadas damas que tanto lo conmovían.

Tampoco en esta ocasión se equivocó Diego Rivera, porque Gutiérrez Nájera es, en efecto, imagen y compendio de la vida de México en su tiempo. Cuando nos asomamos a sus páginas parece que nos fuera atrayendo gentilmente a la comprensión de su mundo mexicano. Pero la suya no es

nunca la enseñanza del profesor o del técnico a la que hoy hemos concluido por resignarnos; la suya es la placentera, suave enseñanza de un artista de raza. Con su prosa alada y ligera, con esa discreción con que gustaba velar todo asomo doctoral o pedantesco, con su gracia, “especie de sonrisa del alma” —como decía Justo Sierra—, con cierto encanto moroso y con una agudeza que pocas veces lo abandona, va enseñándonos este periodista excepcional cómo eran, qué pensaban, que hacían, cuáles eran las diversiones y las pasiones de los mexicanos de los ochentas y los noventas. Además del mundo del arte y de las letras que era su propio mundo, aparte de su afrancesamiento cordial, que él convertiría en fecundación renovadora, hay en la obra de Gutiérrez Nájera, y en el orden de los temas que más pueden interesar a nuestra asamblea de representantes del pueblo, un repertorio de observaciones de estampas y de juicios que constituirían suficientes méritos, si no tuviera otros, para darle nuestra admiración.

Las ideas sociales de Gutiérrez Nájera no fueron sin duda revolucionarias, pero sí muy precisas. Su profesión periodística lo llevaba a los salones mundanos y su entusiasmo lo hacía admirar con devoción a todas las mujeres, ya fueran las grandes figuras del teatro y de la sociedad elegante o las muchachas de barrio a las que dedicó páginas emocionadas; pero al mismo tiempo —y sin que mi ánimo sea mostrarlo como un precursor de nuestras actuales convicciones sociales, de lo cual estaba muy lejos— aquella comprensión llena de ternura que tuvo para su pueblo lo llevó a afirmar que el socialismo —que apenas se avizoraba en su tiempo— se amamantaba en los “pechos estériles y flacos de la miseria” y a preguntarse si no habría en él, al lado de un grave error, una tendencia justa que se debiera satisfacer con “hacederas concesiones, con mejoramientos necesarios”.¹ Igualmente atinadas pueden parecer otras opiniones suyas acerca de cuestiones sociales y la-cras nacionales, que hemos acabado por aceptar porque las vemos formar ya parte de nuestro ser nacional, como la afición o el vicio popular por el pulque, al que llamaba “gran elector de criminales” y sobre cuya inocente blancura apunta: “El indio no gasta más que en tres cosas blancas que absorben

casi todo su presupuesto: en manta para vestirse, en pulque para beber y en cera para los santos y los muertos”,² o como el gusto por la fiesta de toros, cuya ferocidad rechazaba aunque describiera magistralmente el colorido espectáculo.³

A propósito del indigenismo, su dictamen, que hoy nos parece inobjetable, debió escandalizar a los lectores de su tiempo: “El mayor, el egregio monumento que puede alzarse a Cuauhtémoc —escribió—, puesto que Cuauhtémoc amó a los suyos, es la instrucción primaria gratuita, obligatoria para todos los habitantes de la República. Mientras el indio se nutra mal y no sepa leer, podremos levantar estatuas a Cuauhtémoc, pero estaremos matando a sus hijos.”⁴ El innecesario dilema entre nuestros dos grandes indios, Cuauhtémoc y Juárez, que parecía preocuparlo, lo llevó a escribir:

A Cuauhtémoc lo admiro; pero con toda conciencia y aunque se me acuse de blasfemo, digo que don Benito Juárez mereció que se le erigiese un monumento antes que a Cuauhtémoc. Juárez sí es un indio nuestro; y si saber morir con dignidad, como murió Cuauhtémoc, es muy glorioso, saber dar vida a un pueblo, como supo Juárez, es más glorioso todavía. Paguemos primero nuestras deudas de honor, paguemos a Hidalgo, a Morelos, a Juárez... y en seguida pagaremos las deudas de nuestros antepasados.⁵

Y en una hermosa arenga cívica en honor del Patricio, afirmó:

El que vino a tiempo, y en la hora propicia, para sentir la idea de la patria, ya difusa en la totalidad, y para encarnarla, fue Benito Juárez, [y más adelante]: En Juárez se unen por manera indivisible y se compenetran la idea de la patria y la idea de la república. Es el único en nuestra historia que enlaza así esas dos ideas y las encarna y las simboliza.

Y vuelve una vez más a la comparación con el defensor de Tenochtitlán para acuñar esta sentencia de viril gallardía:

En el humo que alzabase a las plantas de Cuauhtémoc íbase el alma de una raza vencida: en Juárez empieza una nación.⁶

Las estampas que nos dejó de otros patricios y héroes de

nuestra nacionalidad están igualmente humedecidas de íntimo fervor cívico, lo mismo sus hermosos poemas *A la Correjidora* y *A Hidalgo*⁷ —que todavía se recitan con entusiasmo en nuestras escuelas—, que los apuntes acerca de otros mexicanos ilustres. Por ejemplo, compendió las virtudes de Andrés Quintana Roo en estas palabras justas: “Amó la patria, la libertad y la belleza.”⁸ De Ignacio Ramírez observó que su influencia “se siente más en el desarrollo político de México y menos en el arte. Ramírez [añade] fue de los grandes demolidores, y como buen escéptico, desdeñoso del vulgo, poco amigo de dar de su espíritu en comunión a la generalidad, filosóficamente egoísta.”⁹ De Guillermo Prieto decía que no necesitaba una corona porque mil veces las ha logrado

al triunfar en la Cámara, al terminar la lectura de una oda patriótica, al levantarse a defender los intereses más sagrados de la República; esta coronación tumultuosa, espontánea, entusiasta; esta coronación de gritos y sombrerozcos (aunque la frase sea vulgar, es gráfica), vale más, mucho más que las coronaciones decretadas y oficiales.¹⁰

De Ignacio Manuel Altamirano, su maestro de “ojos guerrilleros y chinacos”,¹¹ escribió:

Altamirano ha hecho obras maestras; ayudó a hacer la República; ha hecho discípulos, ha hecho fanáticos, ha hecho las obras de muchos amigos suyos, ha hecho una literatura¹² [y en otra parte]: La obra real de Altamirano anda dispersa en muchos cerebros; está fluida en nuestra atmósfera intelectual. Fue ese maestro obrador de belleza en sí y en otros.¹³

De Justo Sierra apuntó que “es acaso en México el cultivador más honrado de la heredad intelectual”.¹⁴ Para el periodista Francisco Zarco pidió se levantara una estatua en el Paseo de la Reforma al igual que la erigida a Ignacio Ramírez, “la primera estatua levantada en México a un hombre de letras”, comenta, para añadir luego con entusiasmo: “¡Venturoso indicio éste, de reposo y de reflexión en la vida nacional!”.¹⁵ Con esa oportunidad, Gutiérrez Nájera escribió

una encendida apología de Zarco y del periodismo político que es oportuno repetir en este recinto:

Ser periodista —¡periodista como él lo fue!— ¿no es ser caudillo?, ¿no es librar una batalla diaria?, ¿no es recibir una herida cada día más? . . . Ser periodista como Zarco ¿no es dar la vida poco a poco a la libertad y a la República? . . . En las luchas por la libertad, Zarco fue el Aquiles de la prensa. El joven que a los veintiséis años defendió con tal brío en *El Siglo XIX* y en la tribuna del Congreso Constituyente la libertad de imprenta, la libertad de conciencia, todas las libertades, bien mereció una estatua porque fue héroe. Ya que le quitamos la vida poco a poco, démosle en cambio la vida augusta de los mármoles y bronce.¹⁶

Esta exaltación de los rigores y de los afanes de la vida del periodista en México surgía con tal fervor en Gutiérrez Nájera porque él sabía en carne propia de ellos. Alguna vez describió su jornada diaria en estos términos:

Escribo de seis a ocho horas diarias; cuatro empleo en leer, porque no sé todavía cómo puede escribirse sin leer nada, aun cuando sólo sea para ver qué idea o qué frase se roba uno; publico más de treinta artículos al mes; pago semanariamente mi contribución de álbums; hago versos cuando nadie me ve y los leo cuando nadie me oye, porque presumo de bien educado.¹⁷

Que era verdad cuanto decía nos lo atestiguan los millares de páginas que escribió, amparándose con tantos seudónimos, y que con excepción de una pequeña parte, apenas ahora comenzarán a coleccionarse. Quien no asistió regularmente a ninguna escuela, quien escribió siempre acicateado por el deber y la necesidad y sólo vivió treinta y seis años, habría de darnos, paradójicamente, una de las obras más fecundas y significativas en la historia de las letras mexicanas y que, a través de tantas páginas, casi nunca carece de la marca de ese espíritu cordial y sensible que fue el suyo, de esa "inexpresable facultad de efusión íntima, familiar y acariciadora",¹⁸ como la describió el maestro Sierra.

Sólo una vez, que yo sepa, se refirió Gutiérrez Nájera a nuestras tareas legislativas, que fueron también suyas, para expresar opiniones muy sensatas. A propósito de cierto pe-

riodismo "obstruccionista", como él lo llamaba, y de su perpetua insatisfacción frente a la obra de los legisladores, se preguntaba:

¿Y por qué esos periodistas iniciadores, cuando son diputados, cuando pertenecen al Senado, no llevan a las Cámaras su iniciación y su empuje? Pues porque el legislador construye: el periodista siembra. El legislador no puede edificar con aspiraciones; necesita realidades, elementos ya disponibles... Querer levantar una fábrica sin piedra, sin cal, sin madera ni operarios, es simplemente insensato, y por eso el legislador prudente hace lo que puede, reservándose el derecho y cumpliendo el deber de hacer, como publicista, lo que noblemente quiere.¹⁹

Al llegar a este punto, me doy cuenta de que, con el ánimo de afirmar ante ustedes la dignidad y la justicia que asiste a este homenaje que rendimos a un escritor, he sacado un poco de quicio la figura de Gutiérrez Nájera al entresacar de su obra aquellos pensamientos y aquellas estampas que pudieran ajustarse al tipo de cuestiones que habitualmente se debaten en este recinto. Sin embargo, todos sabemos que el legado perdurable de Gutiérrez Nájera no queda tanto en sus páginas cívicas y políticas cuanto en aquellas que una vez dieron forma a nuestra sensibilidad y a nuestros sueños, a nuestra angustia y a nuestra alegría; en aquellas húmedas de comprensión y de ternura para su pueblo, de devoción para la mujer y de amor para el mundo del arte; en aquellas que guardan su visión afinada para descubrir el alma de nuestras ciudades y la intimidad de las penas humildes; en aquellas en que siempre alentará su generoso gusto por la vida, tan lleno de sensualidad como de bondad y de compasión, y sobre todo, en la melodía espiritual y refinada de su poesía que abre las puertas de la modernidad.

Estas son las razones que he podido dar a ustedes para afirmar que un escritor como Manuel Gutiérrez Nájera, que nos ayuda a comprendernos y a iluminarnos a nosotros mismos y que nos entrega bellas creaciones que son fuente permanente de alegría para el espíritu, es también un asunto digno

de la atención de esta asamblea, porque es una parte de México.

NOTAS

- 1 MGN, *La Libertad*, México, 19, diciembre, 1883.
- 2 MGN, "El pulque en el banquillo", en *Hojas sueltas*, Antigua Imprenta de Murguía, México, 1912, p. 24.
- 3 MGN, "La vida en México", en *Prosa*, tomo primero, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1898, p. 228.
- 4 MGN, "Con perdón de la diosa", en *Hojas sueltas*, p. 75.
- 5 *Ibidem*.
- 6 MGN, "Benito Juárez", en *Hojas sueltas*, pp. 212-216.
- 7 MGN, en *Poesía*, Establecimientos Tipográficos de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1896, pp. 355-366 y 359-361.
- 8 MGN, "Don Andrés Quintana Roo", 1893, en *Obras. Crítica literaria I*, Nueva Biblioteca Mexicana 4, Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959, p. 512.
- 9 MGN, "Ignacio M. Altamirano", 1889, en *Obras. Crítica literaria I*, pp. 359-360.
- 10 MGN, "La coronación de Guillermo Prieto", 1889, en *Obras. Crítica literaria I*, p. 356.
- 11 MGN, "Un banquete al maestro Altamirano", 1889, en *Obras. Crítica literaria I*, p. 366.
- 12 *Ibidem*, p. 365.
- 13 MGN, "Ignacio M. Altamirano. Página enlutada", 1893, en *Obras. Crítica literaria I*, p. 482.
- 14 MGN, "La crítica literaria en México. Nuestros críticos", 1889, en *Obras. Crítica literaria I*, p. 378.
- 15 MGN, "Leandro Valle e Ignacio Ramírez. Dos estatuas", 1889, en *Obras. Crítica literaria I*, p. 345.
- 16 *Ibidem*, pp. 345-346.
- 17 MGN, "Un banquete al maestro Altamirano", 1889, en *Obras. Crítica literaria I*, pp. 365-366.
- 18 Justo SIERRA, "Prólogo" a MGN, *Poesía*, 1896, p. x.
- 19 MGN, "Tres cartas de Pedro Recio", en *Prosa*, tomo segundo, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1903, p. 469.